



CAPÍTULO VIII

Augusto.—Guerra cantábrica (desde 44 años antes de J. C. hasta 19).—Segundo triunvirato romano.—Octavio, triunviro.—Venga la muerte de César.—Sucesivamente se deshace de Lépido y de Marco Antonio.—Octavio, emperador, cónsul, procónsul, tribuno perpétuo, gran pontífice, Augusto.—Sucesos de España.—Octavio la hace tributaria del imperio.—Era española.—Nueva division de provincias.—Guerra cantábrica.—Viene Augusto en persona á combatir á los cántabros.—Bravura de éstos y su sistema de guerra.—Mortificacion de Augusto.—Se retira á Tarragona.—Los cántabros sitiados en el monte Medulio.—Rasgos de ruda heróica.—Los astúres.—Sitio y rendicion de Lancia.—Augusto vuelve á Roma y cierra el templo de Jano.—Segunda guerra cantábrica.—Agripa.—Sumision de los cántabros.—España, provincia del imperio.—Paz octaviana.

Después de la muerte de César formóse en Roma el segundo triunvirato (43), compuesto de Marco Antonio, Lépido y Octavio ú Octaviano, sobrino de César, á quien éste había nombrado su heredero; jóven de diez y nueve años, que había estado algun tiempo al lado de su tío en las guerras de España, y de quien nadie sospechaba entónces que pudiera ser el futuro gobernador del mundo. Repartiéronse entre sí estos triunviros las provincias al modo que lo habían hecho los primeros. Tocóles en esta distribucion, á Lépido la España con la Galla Narbonense, á Antonio todas las demas Galias, y á Octavio la Italia, el África, la Sicilia y la Cerdeña.

El jóven Octavio, con un talento superior para la intriga política, comenzó por ganarse á los partidarios de César, divinizando á éste y colocando su estatua en el templo de *Vénus genitrix* con una estrella sobre la cabeza. Á su vez supo atraerse con oro y con fiestas á los republicanos mismos enemigos de César, á quienes asustaba la tiranía de Antonio. Primeramente combatió á Antonio con Decio Bruto y los amigos ardientes de la república; después, hecho cónsul ántes de cumplir los veinte años,

se constituyó á su turno vengador de los asesinos de César, y para resistir á los republicanos que seguian las banderas de Bruto y Casio, se confederó con Antonio y Lépido, que ya le necesitaban. Entónces fué cuando se formó el triunvirato, cuyo triunfo sobre la república se aseguró con la batalla de Filipos, en que Octavio hizo cortar la cabeza á Bruto, que como Casio se había dado la muerte, para arrojarla á los piés de la estatua de César, segun había prometido. Esto decidió de la libertad romana. Siguióse la guerra civil de Perusa, que concluyó con el saqueo de la ciudad y con el sacrificio de trescientos senadores, inmolados por Octavio sobre el altar de César. Al regreso de Antonio se hizo nueva particion, en que Octavio tomó para sí la España, dejando el África á Lépido (41). Sucesivamente y con diversos pretextos y en diferentes guerras que no son de nuestra historia, fué Octavio deshaciéndose de sus dos colegas: perdió á Lépido el auxilio que dió á Sexto Pompeyo; perdieron á Antonio los amores de Cleopatra. Octavio, vencedor de los triunviros y vencedor de los republicanos, consultó con sus amigos Agripa y Mecénas si conservaria la república ó se haria emperador.

Agripa le aconsejó la conservacion de la república para su gloria. Mecénas le aconsejó el imperio para su seguridad y para la felicidad del pueblo romano. Octavio optó por lo último, pero sin abolir repentinamente la república.

Fué, pues, Octavio César pasando por tódas las magistraturas republicanas, y haciéndose respetable á los romanos con los nombres de emperador, cónsul, procónsul, tribuno perpétuo, censor, gran pontífice, principe del Senado y padre de la patria. Al fin de su sétimo consulado fué á declarar al senado que queria renunciar la potestad suprema; no se le admitió la abdicacion, y el senado le saludó entónces con el nombre de *Augusto*, para significar un poder casi divino, nombre que conservó ya siempre; y el título de *Imperator* no fué ya sólo una denominacion honorífica, ni la expresion del mando de los ejércitos, sino la representacion de la autoridad suprema. «De este modo, dice un escritor ilustre, el hombre más desprovisto de virtud guerrera obtuvo la supremacia en una época en que sólo se hacia fortuna con las armas. Cuatrocientos mil soldados le bastaron para tener á raya á ciento veinte millones de súbditos, y á cuatro millones de ciudadanos romanos, y para dar reposo al mundo, él que no había cesado de alterar la república. Acaso debió Octavio su fortuna á la circunstancia de temérsele poco. Un mancebo, ó bien un niño, como le llamaba Ciceron, no hacia sombra á los senadores, á quienes se mostraba sumiso, ni al pueblo, puesto que defendía sus derechos.»

Hasta este tiempo pocos sucesos notables habían ocurrido en España; Octavio, como César, honró la fidelidad española, creando para sí una guardia de tres mil españoles de Calagurris (Calahorra), que de este modo demostraban los mismos conquistadores de España el aprecio en que tenian la nativa lealtad de los hijos de este suelo. Por este tiempo se vió tambien por primera vez á un español, Cornelio Balbo, hechura de César, elevado á la dignidad consular, que ningun extranjero había obtenido todavía.

En las guerras del triunvirato había habido tambien algunos movimientos en España en fa-

vor del uno ó del otro de los triunviros; movimientos que fueron apagados por los gobernadores de Roma, y que sirvieron á éstos de pretexto para seguir explotando las riquezas del país, y para recibir en Roma honores triunfales poco merecidos. Mezcláronse tambien en estas revueltas los dos principes africanos que ántes habían peleado el uno por César y el otro por Pompeyo, declarándose ahora por Antonio el uno y por Octavio el otro. Bogud, el partidario de Antonio, fué derrotado en una sangrienta batalla y arrojado de España, perdiendo además sus estados de África.

Bajo el imperio de Octavio sufre España una trasformacion completa en su organizacion política y civil. Aquellas comarcas, provincias ó pequeñas naciones, tan várias y distintas, tan independientes entre sí, tan faltas de unidad, van á constituir ya todas un solo cuerpo de nacion, una sola provincia sujeta al régimen de un hombre solo. El nuevo dominador del mundo declara á toda España tributaria del imperio romano; pero al tiempo que la hace tributaria, le da la unidad que no había tenido nunca, sujetándola á un centro comun y á unas mismas leyes (38); novedad importante, que constituyó como un nuevo punto de partida para España en su marcha al traves de los siglos. Desde el año 38 ántes de J. C. en que se verificó este acto solemne de incorporacion, comenzó un sistema cronológico peculiar para España, que se denominó *Era española*, ó Era de Augusto, y desde cuya época siguió rigiendo como base de su cronologia histórica, hasta que andando el tiempo se abolió para adoptar la cronologia general de la era cristiana (1).

Afectando Augusto querer gobernar con el senado, dividió con él la administracion de las provincias, dejando á aquél con estudiada política las más sumisas y pacíficas, y reservando para sí las fronterizas ó las más inquietas en que acampaban las legiones, quedando así, en todo caso, dueño de la fuerza y de las armas.

(1) Se contó por la *era española* en Cataluña hasta 1180, en Aragon hasta 1350, en Castilla hasta 1383. Para reducir la *era española* á la *era cristiana* no hay sino rebajar 38 años.



En este concepto hizo también de España dos provincias, una *senatorial* y otra *imperial*. Dió al senado la *Bética*, y se asignó á sí el resto de la Península, del cual hizo después una doble provincia, con los nombres de *Lusitania* y *Tarraconense*, regidas por gobernadores ó legados á la vez civiles y militares. En la distribución que hizo de todas las fuerzas del ejército, destinó á España sólo tres legiones de las veinticinco que había conservado para sí; prueba de la confianza que ya tenía en la sumisión de estas regiones, acaso por la tendencia que ellas mismas, halagadas por los beneficios de la administración de Octavio, tan distinta de la de los tiranos pretores, manifestaban á adoptar las leyes, el régimen, los usos y costumbres romanas.

Pero aún existían en España pueblos, comarcas enteras que no habían recibido el yugo de Roma. Todavía los cántabros y astúres se mantenían independientes y libres. Todavía aquellos fieros y rudos montañeses desde sus rústicas y ásperas guaridas se atrevían á desafiar á los dominadores de España y del mundo. Siglos enteros hacía que España encerraba en su seno conquistadores extraños; ni cartagineses ni romanos habían penetrado todavía entre las breñas y sinuosos valles en que habitaban aquellas indomables gentes, que inaccesibles á las armas y á la civilización conservaban toda la rudeza de costumbres con que en otro lugar los hemos descrito. Era ya Octavio Augusto señor del mundo, y creíale todo pacíficamente sumiso á Roma y á su imperio, y todavía no lo estaban unos pocos habitantes de la Península española. No podía Augusto sufrir que en un rincón de España hubiera quien no reconociese la autoridad del dominador del orbe.

Algunas excursiones de los cántabros y astúres hasta las vecinas comarcas de los autrigones, de los murbogas y de los vacceos, sujetas ya al imperio, debieron hacer conocer á los romanos la bravura y ferocidad de aquellos hombres agrestes, y aun darles alguna inquietud y cuidado. Ello es que el emperador romano no se desdénó de venir en persona á dar impulso y vigor á aquella guerra que parecía

no deber fijar siquiera la atención de quien tan acostumbrado estaba á ver someterse tantos y tan vastos reinos. Vino, pues, Augusto (26) al frente de un ejército que dividió en dos cuerpos, de los cuales destinó uno al mando del pretor Carisio contra los astúres, y con el otro marchó él contra los cántabros.

Estableció Augusto sus reales en Seguisamo (Sasamon, entre Búrgos y el Ebro), donde hizo todo lo posible por comprometer y obligar á los enemigos á venir á una batalla general. Tarea inútil para aquellos montañeses, á quienes agradaba más y era más ventajoso molestar á los romanos con repentinas irrupciones, bruscas acometidas y rápidas retiradas, sin que las pesadas legiones imperiales pudiesen nunca darles alcance ni ménos penetrar en sus rústicas guaridas. Apareciendo y desapareciendo súbitamente y con agilidad maravillosa, peleando en pequeños grupos y pelotones, teniendo á los imperiales en continua alerta y zozobra, y no dejándoles gozar momento de seguridad ni de reposo, traíanlos fatigados, inquietos y desesperados. En vano Augusto hizo que una armada concurreniera á ayudar por la costa sus operaciones militares. Los cántabros se concentraban dentro de sus rocas, y desde allí repetían los asaltos, sin que hubiera medio de empeñarlos en más formal combate.

Cansado Augusto y mortificado con tan obstinada resistencia, habiendo caído además enfermo, retiróse al cabo de algunos meses á Tarragona, dejando á Cayo Antistio el mando del ejército y el cargo de aquella guerra. Más afortunado ó más hábil Antistio, en ocasión que los cántabros habían necesitado bajar á la llanura, acaso en busca de mantenimientos, logró por medio de una simulada fuga atraerlos á sitio donde tuvieron que empeñar una acción general, en la cual quedaron victoriosas las armas romanas. Fué este primer desastre de los cántabros cerca de Vellica, no lejos de las fuentes del Ebro (1). Trataron los fugitivos de ganar el monte Vindio, y hallando los romanos apostados ya en Aracillum (hoy Aradillos, á

(1) Dion Cass. lib. LI y LIII; Flor., libro IV. Oros., lib. VI.



media legua de Reinosa), viéronse forzados á buscar un asilo en el monte Medulio; inexpugnable posición, si allí hubieran intentado atacarlos los romanos. Mas éstos tuvieron por mejor y más seguro circunvalar la montaña, haciendo en derredor y en un círculo de quince millas un profundo foso, y construyendo en toda la línea gran número de torres, de la misma manera que si pusiesen sitio á una ciudad. Una vez que los cántabros allí encerrados no tentaron en un principio romper la línea enemiga, érales ya después imposible el escapar.

Vióse entonces una de aquellas resoluciones de rudo heroísmo de que España había dado ya tantos ejemplos, y que siempre admiraban á los romanos. Aquellos hombres de ánimo indómito, prefiriendo la muerte á la esclavitud, diéronse á sí mismos peleando entre sí, ó tomando el tósigo ó venenoso zumo que para tales casos siempre prevenido llevaban. Añaden algunos, que los romanos, aprovechando aquella confusión, cayeron sobre los heroicos y desesperados combatientes, lo cual es muy verosímil, y que los que vivos caían en sus manos era crucificados, siendo tal el desprecio de la muerte y la bárbara serenidad de aquella gente independiente y fiera en el tormento, que sucumbían en la cruz cantando himnos guerreros (1). Así subyugaron por primera vez la Cantabria, si subyugar se puede llamar esto, las armas de Roma.

Pablo Carisio se había dirigido con su ejército contra los astúres. Afirmase por algunos que el mismo Augusto en persona mandaba otra vez la mitad de estas tropas. Un cuerpo de astúres que se encaminaba á Galicia ó Lusitania, fué alcanzado y detenido por Carisio, que después de un sangriento y sostenido combate que obligó al orgulloso romano á decir públicamente que le había maravillado la bravura de aquellos guerreros, y que por lo ménos no era inferior á la de los soldados roma-

(1) Supónese ser de este tiempo un fragmento de canción bélica hallado por Humboldt en Vizcaya en los manuscritos de un tal Juan Ibañez en 1590, visitando los archivos de aquella provincia. Cópiale Rossew-Saint-Hilaire en el Apéndice I del tomo I de su *Historia de España*.

nos, los forzó á retirarse á Lancia, ciudad situada sobre Sollanzo á nueve millas de donde hoy está Leon. Sitióles allí el mismo Augusto. La ciudad fué defendida con denuedo admirable, pero reducidos ya á tan pocos que era imposible prolongar más la defensa, hubieron de rendirse, siendo los más valientes de ellos vendidos como esclavos. Sucedió esto al empezar el nono consulado de Augusto (1).

Visitó luego Augusto los países conquistados, y deseando dejar asegurada en ellos la tranquilidad, hizo lo que había practicado César con los habitantes del monte Herminio, obligar á los moradores de las montañas á desamparar las fragosas breñas y bajar á los lugares descubiertos y llanos. Á los soldados que habían cumplido el término de su empeño mandó distribuir campos y tierras, que era el fundamento de las colonias. Así se fundó *Emérita Augusta*, hoy Mérida, habiendo tenido el cargo de dirigir los trabajos de aquellos veteranos el mismo Carisio, como se ve en las monedas que se conservan de aquel tiempo, en que se hallan de un lado el nombre de Augusto y de otro los de Carisio y Emérita. Otras ciudades tomaron el sobrenombre de augustas, como *Cesar-Augusta*, la antigua Salduba y hoy Zaragoza; *Pax-Augusta*, hoy Badajoz; *Braccara-Augusta*, hoy Braga, y otras. Fundóse igualmente en aquel tiempo la ciudad de Leon con el nombre de *Legio septima gemina*, correspondiente al de las legiones que allí quedaron con el especial objeto de vigilar y en caso necesario reprimir á los bravos astúres. Otros varios monumentos quedaron de Augusto en España. Cuéntase entre ellos el templo de *Janus-Augustus* en Écija; un bello puente sobre el Ebro; las *Turres Augusti*, elevadas en forma piramidal sobre el río Ulla en Galicia, y las *Aras Sestianas* en el cabo de Torres de Asturias, una y otras erigidas por Sextio Apuleyo, uno de los jefes romanos de la expedición cantá-

(1) Mariana y otros autores varían en la relación de algunas circunstancias de estas guerras, no sabemos con qué fundamento. Nosotros hemos seguido aquello en que hallamos convenir más las antiguas historias latinas, no muy explícitas y claras en lo relativo á estos acontecimientos.



brica, y dedicadas á Augusto, como términos de las victorias que consiguió bajo sus auspicios.

Vuelto Augusto á Tarragona, recibió allí embajadores de la India Oriental y de la Escitia, que atraídos de la fama de su nombre venían á ofrecerle amistad. Y dejando á Lucio Emilio el mando del ejército de la Tarraconense, y el gobierno de esta provincia y de la Lusitania á Publio Carisio en concepto de legado augustal, partióse para Roma, donde cerró por cuarta vez el templo de Jano, suponiendo que España y el mundo quedaban en largo y completo reposo (1).

Grandemente equivocado fué este juicio respecto de España. Los cántabros y astúres, conservando vivo el odio á los romanos, no pudiendo vivir sin libertad, irritados acaso tambien con las violencias de los conquistadores, y deseando vengar las injurias pasadas, dieron principio á otra lucha aún más brava y feroz que la primera. Emilio y Carisio, que fueron á sujetarlos, entraron devastando sus campos, incendiando sus rústicas viviendas, y cortando las manos á los prisioneros, segun las bárbaras leyes de la guerra de la civilizada Roma. Aunque pareció quedar sujetos por entónces, fuéle preciso todavía á Cayo Furio, sucesor de Emilio, guerrear otra vez con aquella gente, la sola en el mundo que traía entretenidas las legiones romanas, y á las cuales por lo tanto no cabia en lo posible resistir. Furio los venció tambien, y redujo á esclavitud á todos los prisioneros. Si imposible era á los cántabros y astúres vencer, tambien la esclavitud les era insoportable. Así, pasado algun tiempo, concertáronse entre sí aquellos mismos esclavos, mataron á sus señores y dueños, ganaron los montes y riscos, y no les fué difícil conmovir todo el país y alzarlo en masa.

Infundia ya pavor á los romanos tan indómita gente. Arredrábalos la idea de tener que

(1) Este templo, que se conservaba siempre abierto mientras Roma tenía pendiente alguna guerra, habíase cerrado solas tres veces en los siete siglos que Roma llevaba de existencia: la primera en tiempo de Numa, la segunda cuando terminó la guerra púnica, la tercera despues que Octavio venció á Marco Antonio. La cuarta fué ésta.

exterminar aquella raza feroz si habian de vencerla, y asombrábalos tanta obstinacion y porfia, tanto desprecio de la vida. Pero no podia tampoco el señor del mundo dejar vivo y sin apagar aquel fuego, aquel foco perenne de rebelion, más temible en España que en otra parte alguna. Así hubo de enviar á sujetarlos á su mismo yerno M. Agripa, que envanecido por sus victorias contra los germanos, gente tambien belicosa y fiera, creyó reducir con la misma facilidad á los cántabros y astúres (1). Pronto recibió el desengaño; tan impetuoso fué el primer arranque de aquellos españoles, tanto impuso á las nuevas legiones romanas el formidable aspecto de aquellos montañeses, que entrando el desaliento y la consternacion en sus filas, hubo de sufrir la humillacion de retirarse el vencedor de la Germania. Tuvo que tomarse tiempo para restablecer la disciplina de su ejército, para reanimar con castigos y con arengas el abatido valor de sus soldados. Notable fué la severidad que usó con la legion llamada *Augusta*, una de las que con más cobardía se habian conducido en el combate. Agripa la declaró indigna de llevar aquel nombre, y la disolvió toda entera. Este ruidoso y ejemplar castigo surtió su efecto, picando el pundonor de las demas legiones.

Cuando ya tuvo sus tropas mejor dispuestas, emprendió de nuevo la campaña, y habiendo tenido la suerte de sorprender á los cántabros en una llanura, empeñólos en una accion general en que quedó vencedor. No dejó con vida un solo hombre de los que cayeron en sus manos; destruyó todas sus viviendas de la montaña; hizo á los ancianos, mujeres y niños bajar á morar á los llanos, no sin que presenciara horribles escenas de madres que mataban á sus hijos, de hijos que daban la muerte á sus padres de órden de ellos mismos, no queriendo conservar la vida con la esclavitud. Agripa hizo ocupar militarmente todo el país (2).

(1) Mariana hace venir ya á Agripa desde la primera guerra cantábrica, lo cual está en contradiccion con todas las historias antiguas, que le suponen en aquel tiempo ocupado en otra parte.

(2) Dion Cass., lib. LIV; Patérc., lib. II; Flor., libro II.



Gran sensacion y extraordinario contento causó en Roma la terminacion de la guerra cantábrica (19). Con ella quedó sujeta toda España; con ella acabó de perder su libertad despues de dos siglos de heroica é incesante lucha. «España, repetimos con Tito Livio, el primer país del continente que invadieron las armas romanas, fué el postrero que se sometió.»

Desde Escipion hasta Agripa habian mediado doscientos años. Éste es el mayor elogio que puede hacerse del genio indomable de los hijos de esta region del mundo. España quedó reducida á provincia del imperio.

Siguióse una paz, que se llamó proverbialmente paz Octaviana; aquella paz de que dijo Tácito: *ubi solitudinem faciunt, pacem appellant.*